

Editorial

El 25 de diciembre de 1831, un joven de tan solo 22 años, con poca experiencia, gran actitud y una pasión demostrada por la naturaleza, abordó el famoso bergantín¹ conocido como el *Beagle*, al mando del Capitán Robert FitzRoy. Este joven, que fuera escogido para cubrir la plaza de geólogo era Charles Darwin, quien años después publicará una las teorías más influyentes de la historia de la humanidad.

Pienso en el paso que dio ese joven debilucho para embarcarse en la nave e iniciar una empresa que duraría cinco años y que lo llevaría a recorrer los extremos de la Tierra como un observador de primera mano de los más ignotos paisajes y sus formas de vida; y que se prolongaría por otros veinticinco años de apuntes, revisiones, discusiones, argumentaciones, construcciones y deconstrucciones hasta lograr el armazón teórico que explicaría el origen y la evolución de las especies.

Este no sería el primer paso en la carrera de Darwin, ya que había comenzado años antes, en la infancia, al lado de las charlas de su abuelo Erasmus Darwin, o perdido entre la colección de plantas exóticas de su padre el muy prestigioso médico Robert Waring Darwin; buscando los secretos de las orquídeas, o como él mismo narra en su autobiografía, yendo y viniendo detrás de los cucarrones cuyas estructuras y comportamiento le llamaban poderosamente la atención. Pero la valentía de dar el paso con el que abandonaba la seguridad de la tierra firme del puerto de Plymouth (al suroeste de Inglaterra) para abrazar lo desconocido, es quizás, lo que hizo del joven común y corriente, el gran Charles Robert Darwin, padre de la Teoría de la Evolución Darwinista que a lo largo del tiempo se consolidó como uno de los pilares de la biología moderna.

Otro paso, esta vez no de partida sino de llegada fue el dado por Neil Armstrong el 20 de julio de 1969. Por primera vez un humano, por no decir la humanidad, imprimía las huellas de sus pies en la superficie de un astro diferente al planeta madre, dejando para el tiempo que dure este universo conocido, una muestra de nuestra existencia.

¹ Barco de vela con dos palos, el mayor y el trinquete, y con velas cuadradas o redondas.

Quizás sea atinado pensar que ese paso es el resultado de la empresa colectiva que iniciará John F. Kennedy al anunciar en su emotivo discurso dado el 12 de septiembre de 1962 en la Universidad de Rice, en Texas, en la que motivado por vencer a la URSS en la carrera espacial prometió que antes de una década un hombre pisaría la luna: “Hemos elegido ir a la luna, no porque sea fácil, sino porque es difícil, lo que exigirá lo mejor de cada uno de nosotros”.

Pero como Darwin, Armstrong comenzó su carrera mucho antes, en su infancia, cuando tomó la decisión de ser piloto después de viajar junto a su padre en un viejo ganso de hojalata, un avión de carga considerado en su momento el más grande y más ruidoso. Años después, luego de pasar por una exitosa carrera militar en la armada de los Estados Unidos, ser piloto de pruebas y titularse como ingeniero aeroespacial de la Universidad Purdue, estaba allí, junto a sus compañeros, logrando lo imposible: el esquivo sueño de Ícaro.

Hoy la humanidad se enfrenta a un nuevo reto, una especie de viaje a lo desconocido que emulando lo dicho por Kennedy, exige lo mejor de nosotros. De pronto, hemos tenido que abandonar la tierra firme de nuestra rutina y nuestra comodidad para empezar a dar pasos erráticos en una pesada neblina que lo ha rodeado todo, que ha puesto en crisis todo, que ha cambiado las reglas de juego de lo conocido y que nos obliga a reaccionar de una de dos maneras, o esperamos pacientes encerrados en nuestro búnker personal a que pase la tormenta o avanzamos de manera creativa haciendo frente, con nuestra inteligencia, nuestras ideas y nuestros sueños; como lo hizo Darwin, encerrado en su camarote dibujando sus últimos hallazgos a la luz de la vela, o Armstrong, encontrando razones para maravillarse con la experiencia de viajar en un avión de hojalata y remaches temblorosos que hubiese espantado a cualquier niño.

Es por eso que este evento, el VII Encuentro de Semilleros de Investigación y Emprendimiento es tan importante, pues consigue, en el marco de una pandemia incontralada y una cuarentena azarosa, generar un espacio para que jóvenes investigadores y emprendedores, y sus comprometidos tutores, avancen en la consolidación de las ideas, la materialización de los proyectos. Este encuentro demostró que pese a la adversidad generalizada y agobiante, somos capaces de buscar alternativas para seguir trabajando, para seguir produciendo e incluso, para generar nuevas miradas a partir del reconocimiento de nuevos problemas y nuevas oportunidades.

Quizás el panorama haya cambiado pero la esencia de la investigación prevalece en nuestros jóvenes y en nuestras instituciones, que siguen comprometidas con formar técnicos, tecnólogos y profesionales con un alto compromiso social y una fortaleza en la investigación y en el emprendimiento en beneficio de nuestro país.

Las propuestas presentadas a través de medios digitales a lo largo de dos jornadas y que incluyeron a semilleristas de las instituciones que hacen parte de la Mesa IEST y su Dimensión Académica y a investigadores invitados, son una muestra del ingenio del colombiano y de esperanza, porque a pesar de las más adversas situaciones, hay gente trabajando en resolver problemas de la ciencia y de la tecnología y hay gente empeñada en abrir el camino a ideas de negocio que se traducirán en empresas generadoras de capital y de empleo. Esta edición especial, de la revista Germina, es un ejemplo.

Gustavo Laverde Sánchez

Director del Centro de Investigación

Corporación ISES